



LA
DIMENSIÓN
DEL
CAOS

ANGEL ESPINIELLA ROBLES

La dimension del caos.

Escrito por: Ángel Espiniella Robles.

Agradecimientos

Para vosotros. Cuando leísteis mis primeros poemas me dijisteis que no os gustaba lo que reflejaban. No os gustaba leer tanta tristeza. Esto es vuestro. Cada palabra, cada párrafo, cada rincón oculto en esta liberación que es para mi escribir. Reflejar en cada personaje, en cada circunstancia, mis propios pensamientos y liberaciones. Me ayuda a ser feliz.

Jamás tendré las palabras suficientes o necesarias como para agradecer cada cosa que habéis hecho por mi. No me cansare de utilizar la palabra "Gracias" en todas o casi todas sus definiciones, una y otra vez. En esta ocasión quiero contaros todas aquellas cosas que me habéis enseñado: Gracias a vosotros aprendí el verdadero significado del amor. Si, en serio. Contra viento y marea he aprendido como levantar cabeza y volver amar. Aprendí a luchar honradamente ante cualquier circunstancia por tus sueños. Aprendí la honradez de unas personas que cuando no tenían nada lo dieron todo por mi. Os quiero.

Pero sobre todo, te lo quiero agradecer a ti por mantenerme constante cada día para que por fin pudiera finalizarlo. Por mantener constante lo más importante, mi corazón. Te amo.

Gracias a ti también por confiar en mi de nuevo y por confiar en mi historia.

Gracias.

Prólogo

Alejandro Santos era un hombre tremendamente obsesivo. La locura de su obsesión rozaba con temeridad la sensatez de un minucioso detective de homicidios. Podríamos decir que se trataba del típico agente de la ley. Aquel que describen en las novelas policíacas como tenaz, inteligente, observador e incluso atractivo. Él no era nada de eso: obsesivo, distante, fumador compulsivo e incluso con tendencia hacía el alcoholismo en algunas ocasiones... Todo indicaba la descripción de un antiheroe en todo regla, sin embargo en su expediente destacaba la más absoluta brillantez. Tenía algo innato en él que le había aportado una extraordinaria carrera en el Cuerpo Nacional de Policía. Su, llamémoslo capacidad, le otorgaba el don de visualizar cada rincón de la escena del crimen tal y como la vería el asesino, escudriñando hasta el más mínimo detalle; a través de un sofisticado argumento que le había servido a lo largo de los años. Un sistema propio con el que abordar paso a paso la escena criminal y su móvil. Sirviéndonos de metáforas futbolísticas: sabía donde estar en cada momento, como un buen delantero. Sabía que esa capacidad levantaba en quienes le rodeaban temor y burla. Sin vida social o compañeros con los trabajar, pasaba horas sumergido en los expedientes; sin dormir, comer o hablar.

La noche del 22 de septiembre se encontraba en "el San Vicente", una pequeña taberna frente a la comisaria donde muy de vez en cuando se dejaba caer. Caminaba algo desgastado. Sin prisa. Sin vacilación y con la frialdad que aporta la incrédula seguridad de creer saber por donde caminas. Solía vestir de camisa a cuadros, con las mangas cortas y corbata clásica ancha. En cuanto a los pantalones, no se molestaba demasiado en seleccionarlos, ni tan si quiera en combinar colores o formas. Algo descuidados ya, e incluso desgastados; solía llevar *vaqueros azules* y en ocasiones especiales, de pana. Sin dejarse llevar por las modas o por la imposición del oficio. Su ropa desprendía la embriaguez

clásica del olor que aportaba el tradicional *colgador anti polillas*.

Con la elegancia de quien presume en cada gesto y cada paso. Con la irremediable sensación de sentirse totalmente observado. Con la equivocación y traba al caminar. Temeroso, vacilante y en ocasiones lo suficientemente tembloroso como para causar miedo a lo desconocido.

De bigote regio, curvo y frondoso; descendía con cuidado sobre cada uno de los laterales sin sobrepasar la anchura natural de la boca. En ocasiones solía extender su labio inferior hasta sentir algunos *pelillos*. Los humedecía y los alargaba lo suficiente como para que no se apelmazaran. Calibraba los desiguales; los estiraba una vez más con el dedo índice hasta sentirlos con el labio superior. La regla básica para saber que necesitaba sin duda rasurarlos.

Sus ojeras se hundían bajo los ojos marcando una expresión de eterno enfado y una mirada de desconfianza. Solía apurar la mirada, centrarla, ascendiendo los pómulos y arrugando la parte inferior al ojo.

Solía caminar encorvado, con los hombros ligeramente hacia delante. No podía permanecer demasiado tiempo erguido pues los dolores sobre las lumbares le presionaban notablemente. Durante un largo período de la infancia tuvo que llevar un corrector para corregir varios grados de la desviación de la columna. No obstante al sentarse se le percibía aún más la curva de la espalda.

Aún con automóvil, no lo utilizaba con frecuencia. Todo un clásico de los noventa, diésel y lo suficientemente conservado como para no haber acudido mecánico alguno. Un *renault megane de tres puertas*, en color blanco, que había comprado de segunda mano hace algunos años. Sobre el

interior se agolpaba un fuerte olor a tabaco, varias colillas y algunas cajetillas ya vacías.

Santos era un hombre entregado, de conciencia y de clásicas tradiciones. Era uno de esos detectives de visera, bolígrafo y libreta para anotar. De esos con gabardina en color beige y una lupa en el bolsillo superior derecho. De esos con pipa en lugar de cigarrillos y cerillas en lugar de encendedor. El clásico aroma de un detective de la vieja escuela, de aquellos para los que investigar la incertidumbre y dudar sobre toda certeza era la esencia de todo crimen.

1. La escena.

Sobre el suelo del salón. Una gran mancha de sangre. Casi perfecta, describía a cada milímetro la silueta de una persona. Una escena dantesca y ensordecedora que silenciaba cada respiración, cada susurro inquieto por desvelar el más puro aliento de imaginación. Era como si las entrañas del suelo hubieran adoptado las formas de unas tenebrosas garras y arrastrado con ellas toda inventiva de: ver, oír o entender que habría ocurrido.

Era indescriptible como el aroma carbonizado estremecía la piel del más valiente y le hacía descender hasta las profundidades del averno. Un olor similar al azufre que daba sentido a la terrible apariencia que parecía mostrar como el cuerpo que allí yacía se había descompuesto y derretido hasta desaparecer bajo las garras de alguna bestia. Sin embargo no había ninguna certificación que pudiera presentar la evidencia de que pudieran haber incinerado el cuerpo u otros objetos.

La escena era terrible, ni siquiera la valentía mantenía la compostura. Con total seguridad la evidencia de la lógica se abría camino entre los que creían que la muchacha podría encontrarse: perdida, desorientada o quizás olvidada al

sin sentido de la humana razón de servir a la gracia divina del crimen perfecto. La valentía entre tanta moralidad a pronunciar simplemente: *ella*, al hablar entre tanta desidia.

Para Santos aún quedaba la sombra permanente del candil de una vieja vela. El esbozo de un óleo que dibujaba sentimientos que afloran. Sentimientos que el pasado debería haber dejado atrás hace mucho. Errores que una mente inquieta arrastra a las sombras de la inseguridad constante.

No había rastro alguno del cuerpo tanto en el interior como en el exterior de la casa. Ni tampoco evidencias de que pudiera haber sido enterrada tampoco. La hipótesis principal, evidentemente, y sobre todo debido al volumen tan grande de sangre, era que habría fallecido. De todas formas lo principal era asegurarse de que se tratara con total seguridad de la sangre de Julia Rojas, la muchacha que vivía en esa casa.

La puerta de entrada estaba cerrada y no tenía signos aparentes de que se hubiera podido forzar. La luz del hall estaba encendida, así que lo más probable es que la víctima conociera a su asesino y le facilitara la entrada. La única evidencia extraña se halló bajo el sofá: un canto redondeado de aproximadamente cinco centímetros, con una fecha grabada en color blanco, que pudo haber sido arrastrado desde el exterior de la casa en algún momento. Aunque parecía imposible obtener huellas u otros rastros lo tomaron como prueba para cotejarlo con posterioridad.

En primer término los miembros de la policía judicial asignados a la investigación trataron de encontrar minuciosamente huellas en aquellos rincones que el propio Santos les iba ido señalando, lugares en los que con toda probabilidad pudo haber situado la mano alguna persona ajena a la casa. Santos repasaba una y otra vez su cabeza mientras

trataba de reconstruir milímetro a milímetro la posición que habría podido adoptar el asesino desde el momento en que accedió al interior de la finca y posteriormente a la casa.

Cada fotografía que tomaron describía una minuciosa escena criminal segregada por cada segundo en los que se fue construyendo cada instante homicida. Si bien las evidencias parecían indicar una muerte pasional, probablemente por algún asaltante conocido; otras en cambio mostraban totalmente lo contrario y daban a entender lo que parecía un frío y calculado plan. Cometido por alguna mente perversa, con la claridad necesaria como para asesinar con tiempo. Parecía más que evidente que los restos de sangre pertenecían a Julia. Poco a poco, al menos durante las primeras horas de la investigación insitu, se iba conociendo información de la joven con la que poder iniciar las indagaciones: fotografías con familiares, parejas, amigos... Incluso un perito informático se ocupó del ordenador y teléfono móvil.

Santos era un hombre muy conservador. Le gustaba analizar cada rincón de la escena, escudriñando el manual. Cumplía siempre con el mismo ritual. Desde el momento en el que iba a ver un cadáver. Como la simbiosis de un escritor que describe los últimos pasos de una persona en una de sus novelas policíacas. Siempre recorría las calles anexas con su vehículo. Observaba. Aparcaba lejos, unos doscientos metros antes. Le gustaba caminar, sentir el frío, el calor o cualquier brisa de aire que rozara su nuca dibujando un mapa de la perpetua capacidad de una persona para asesinar. El inquietante sentimiento de conocer, entender o al menos ver como el asesino pudo tejer minuciosamente cada poro del homicidio.

Trataba de entender. Desde el frenético instante en que inicias la procesión hasta encontrarte frente al cuerpo. Eran

escasos doscientos metros. Una urbanización casi desértica. Pocas casas de planta baja con fincas anexas y distanciadas entre si evidenciaban una adinerada y acomodada zona en la que pocas miradas se entrecruzarían. Ningún negocio en la zona aglutinaba la mirada de testigos improvisados. Ni si quiera grupos, sabidos del chisme y envueltos en el velo de compasión y el buen hacer de cualquier vecino.

“Sierravista” era una urbanización abierta, sin seguridad privada, muros o cámaras de ningún tipo; donde cada casa destacaba por una ostentación desmedida y con dudosa afirmación de tranquilidad en la que nada ni nadie podría jamás arrojar piedras al castillo. Con una única calle de un kilómetro más o menos en donde se tejían los caminos privados que conducían a cada finca.

Aquella casa no era demasiado fuera de lo común. Pues aquello por lo que se distinguía con lustro, eran sus árboles frutales. En primavera tejían un arco desde el borde de la carretera hasta el interior de la finca. La edificación se situaba en el centro de la finca. A su derecha habían construido sobre madera un invernadero bajo el cultivar algunas hortalizas.

La residencia vestía con suma elegancia fachadas exteriores enladrilladas sobre las cuales habían colocado cubiertas en granito beige para tapar el paso del tiempo. De dos plantas de altura, la mayor zona acristalada se encontraba en la inferior junto a las estancias principales: salones y salas de estar. Mientras que en la planta superior, las ventanas eran algo más clásicas y de menor tamaño, para las habitaciones. En total tenía cinco habitaciones. Una de ellas, la principal, se situaba en el centro del edificio. Era la más grande y en la que dormía cada noche Julia Rojas. El día del asesinato las sábanas se encontraban alborotadas y con los enseres de baño desperdigados por el suelo enmoquetado.

La almohada había sido marcada con carmín rojo y restos de colorete.

Podía verse también algún que otro vehículo estacionado a lo largo de la carretera o en los caminos de entrada, nada fuera de lo normal que llamara la atención. Algunas farolas parpadeaban logrando un ambiente quizás solemne y algo tétrico a la vez. Podríamos decir incluso que se trataba del ambiente casi perfecto para cualquier persona con intenciones no demasiado buenas.

Santos siempre emprendía un ritual final en cualquier escena. Un rito ceremonial en el que dejaba una *tarjeta* cual moneda sobre Caronte. La metafórica señal de una alegoría con la que prometerse a si mismo que volvería. La personificación cobarde del barquero que atraviesa la laguna estigia tratando de llegar al otro lado sano y salvo. Cuando todo acabara regresaría a por ella, aunque ello le suponga remar a contracorriente.

II. Julia.

Era una mujer de apariencias. Aquellas que forjan el carácter de una persona. Podríamos decir que se trataba de una mujer de costumbres sencillas. Cada mañana al levantarse desayunaba una buena taza de café americano en capsula; pan tostado con mantequilla y zumo. Consultaba las noticias en el teléfono, respondía algún que otro correo electrónico y se duchaba.

Julia Rojas era una persona soñadora, apasionada, de carácter. Forjaba su temperamento y templaba su mente con la sencillez que desbordan los paisajes de ensueño o la sutil imaginación de una buena novela de aventuras: con el misterio que aguarda una mente inquieta. Cada mañana durante los últimos tres años cogía el primer metro de la mañana. Aunque lo cierto es que vivía en una urbanización al-

go apartada y debía caminar un par de kilómetros para llegar a la cabecera de la línea.

Devoraba irracionalmente párrafos y párrafos de la paradójica poesía de los genios del crimen. Era una loca incomprendida de todas aquellas novelas que versaran sobre policías y detectives. Sórdidos crímenes que hacían florecer lo peor de la raza humana. Lo tenía perfectamente cronometrado; tres capítulos por trayecto, medio por parada.

No cobraba un sueldo desorbitado, lo justo por su trabajo, según sus propias palabras. Nada desmedido, pero lo necesario para vivir cómodamente con ciertos caprichos y un aparente estatus de bienestar. En un principio como freelance y mas tarde a tiempo completo; Periodista, fotógrafa y community manager con la vocación de quien ama transmitir el valioso mensaje de la comunicación. Crear la magia de enamorar, de seducir con la retorica de una fotografía. El verso que encierra un titular con capacidad de arrebatrar: sonrisas, lagrimas, ira o felicidad. La ilusión del marco de una noticia. Soñar al fin y al cabo con crear magia contenida en el alma de una fotografía y ser capaz de transmitirlo para que los demás puedan vivirlo como tu.

No llevaba demasiado tiempo trabajando para la revista. Casi un año. Tiempo suficiente para adornar una vida de apariencias con la capacidad para sentir y vivir la soledad. Su padre había fallecido hace un tiempo. Gracias al dinero que había percibido de la aseguradora pudo adquirir a buen precio su actual domicilio y pagarle durante varios años una residencia especializada a su abuela enferma de alzheimer.

Le gustaba escribir en un Blog, abordar las profundidades de su alma en los bordes de cada palabra. Teclear cada

sentimiento y describir con ellos las sensaciones que le transmitía cada experiencia vivida en sus viajes.

Era un blog atípico: personal, natural y artificial a la vez. Escribía con suavidad y modosidad sobre si misma, su día a día, pero, también semanalmente sobre los viajes que emprendía cada fin de semana. De forma detallada había escrito en varios trozos de papel todas las ciudades que había visitado con su padre y aquellas con las que alguna vez había soñado en la dimensión de sus pesadillas y sueños.

Cada jueves seleccionaba uno de esos trozos de papel y así sin mas viajaba a la ciudad elegida en avión, tren, autobús o incluso en coche compartido. No le importaba la distancia, ni mucho menos las fronteras que tuviera que cruzar. Además de fotografiar cada rincón que visitaba, también traía como recuerdo cantos rodados que marcaba con corrector blanco con la fecha en la que había viajado.

La mañana del crimen había escrito dos Post, aunque solo había llegado a publicar uno de ellos acerca de su reciente viaje a Dublin. El otro lo había guardado como borrador. Era mas bien personal, describiendo al detalle unos sentimientos de tristeza y olvido que quizás pudieran servir como parte del caso:

23 de septiembre de 2016,

Siempre me he definido como una mujer completamente feliz. Como muchas otras personas he atravesado situaciones y tropiezos en el camino que me han hecho dudar. Pero, al final siempre he sabido como recuperar la compostura para enfrentarme a esas situaciones con valor, o levantarme después de cada tropiezo con una sonrisa de oreja a oreja.

Esta mañana camino del trabajo ha ocurrido algo que jamás pensé que pudiera ocurrirme en mi rutinaria vida. He dejado el libro que leo cada mañana. Me he sentido vacía, incluso perdida en algunas momentos. He intentado buscar el ebook desde el móvil, pero la cobertura se iba constantemente o era nula. No sabía que me estaba ocurriendo, era lo mas parecido al síndrome de abstinencia. Sentía la mirada perdida, dejada y quizás algo vacía. La sensación de ahogo me invadía, no podía respirar, mi corazón se aceleraba de forma descontrolada. Era desconcertante, pero a pesar de todo entendía que la ansiedad abordaba el incesante desahogo de mi alma por salir a la luz.

A pesar de todo, lo peor vino al llegar a casa. Sentía que me observaban, que me estrujaban con la vacilación de quien reafirma sus actos con la valentía de su hombría. La sensación continuo incluso tras salir de la boca del metro. No suelo mirar a nadie, me avergüenzo de mi misma y en ocasiones incluso siento algo de culpabilidad por determinados actos. Camine con firmeza. Camine incluso cuando la bolsa de la compra se rajo. Incluso camine aun mas rápido. Sabía que alguien me estaba observando con cada paso.

Cuando llegue a casa cerré tanto la verja como la puerta de entrada con varias vueltas de llave. Por supuesto active la alarma y me tumbé en el sofá con una copa de vino. A pesar de todo . A pesar de la ansiedad y la incapacidad para respirar. A pesar de sentirme totalmente indefensa. A pesar de todo, no podía dejar de sentirme culpable.

Julia era una mujer con una apariencia física introvertida y con la capacidad para adaptarse a cualquier moda. De hecho le gustaba. Era una de sus pasiones; suscribirse a algún que otro Blog sobre consejos de moda y belleza. Incluso recibía mensualmente una caja con varios objetos sorpresa y muestras. En ocasiones, si la culpabilidad por ser dema-

siado superficial se lo permitía, solía escribir con bastante más soltura que entrega, alguna que otra entrada sobre esos productos.

Era joven con la tez completamente blanca. De pelo rubio cenizo, no demasiado largo, más bien aunque no se lo cortará a menudo, tan solo le llegaba por lo hombros. El flequillo cubría por completo su frente y en ocasiones sus ojos. Solía pintarse los labios a menudo en tonos rojo, aunque no le gustaba maquillarse habitualmente.

No era muy fan de las modas, sobre todo de aquellas que marcan tu apariencia de vestir; los colores, tonos o formas de cada temporada. Aún así le gustaba vestir aquellas cosas que le cautivaban y de las que se sentía, en ocasiones, orgullosa.

Sus ojos marcaban una mirada alegre y positiva. Una sensación completamente cristalina en el que podías leer más allá del lenguaje de sus palabras. Se podría decir por tanto que su mirada era incluso más transparente que su voz. Su pómulos eran marcados, levantados hacía arriba y pronunciando con delicadeza un hoyuelo a cada lado de la cara. Una marca inconfundible profundizada al sonreír. Una sonrisa recta, blanca, casi perfecta por el aporte de los *bruquets* durante la adolescencia.

III. Lucy.

Había comenzado a llover. El termómetro continuaba bajando dejando entrever el vaho con cada exhalación. El cielo completamente cubierto mostraba el arrebatador carácter de la luna en cada rayo.

La calefacción del coche ensordecía la radio que se entrecortaba con cada curva. Con cada rugido del neumático sobre el asfalto mojado. Afuera en la carretera tan solo se

veían arboles, apagados, dormidos, con las hojas bajo sus pies. Un paisaje tétrico y difuso. Santos había tomado la personal y a la vez moral decisión de viajar hasta "San Julián", un pequeño pueblo de la sierra donde encontraría el centro para enfermos de Alzheimer en el que se encontraba interna la abuela de Julia. Sabía desde un principio que no obtendría mucha información y que lo único en claro sería aproximarse a la realidad que podría haber vivido aquella mujer.

La intuición o más bien *las malas lenguas* le hacían relacionar aquel Centro con algún lugar apartado, poco transitado y alejado de cualquier mirada de inquietud o desesperación humana. Llevaba poco más de una hora de viaje y cada vez se encontraba más desconcertado. Todo le resultaba diferente, pero a la vez tan familiar que era capaz de sentir en cada exhalación la incertidumbre de si en alguna ocasión pudo haber estado entre aquel idílico paisaje. Un sentimiento confuso que le ahogaba haciéndole prisionero de su propio palacio mental y cautivo en el desorden de la memoria. Con sus ideas conservadas en el formol de aquello que le retenía. Le seducía. Le obligaba. Le envenenaba e incluso descomponía cada rincón de su alma. La idea de permanecer un instante más encerrado aceleraba su pulso. Conquistaba su cabeza. Ahogaba su inhalación. La soledad le martirizaba. Tenía apremio por fumar. Incluso para él aquel frío era demasiado. En cualquier otra ocasión habría bajado la ventanilla del auto y fumado sin compasión, con tal de ahogar aquella ansiedad. Palpaba en el interior del bolsillo de la gabardina. Con el brazo estirado lo único que alcanzaba era el borde de la tela.

La inspiración era su cautiva. En los instantes más confusos o en aquellos más extraños en los que la soledad era contraria a toda lógica, cogía el teléfono móvil, abría las notas y comenzaba a escribir sus pensamientos: inquietudes y

aciertos, límites del raciocinio humano. Escribía con la argumentación de una novela y la sobriedad de quien en ocasiones se permitía el lujo de reflejar en sus personajes el sentimiento puro que lo define. Estaba escribiendo un relato corto. Uno de esos con buenos y malos. Con un cadáver, un inspector, una dama en apuros y un asesino malvado que no es quien parece ser. Una obra con tintes victorianos del más famoso de los detectives. A pesar de no llevar demasiado inmerso en ella, avanzaba vorazmente cada día, completando de dos a tres páginas. Nunca antes lo había hecho, sin embargo en esta ocasión la trama le obligaba casi cada noche a escribir y escribir.

Estacionó el vehículo al principio del pueblo junto a unos establos derruidos, para continuar a pie. Se trataba de un camino con bastante pendiente y los restos de alguna casa en ruinas. Escombros y basura aglutinados a los bordes. Varios árboles escondían la luz ocultándola de toda realidad. Higos ya maduros, caídos del árbol, descomponían su forma al tiempo. La hojarasca enmoquetaba el suelo cargándolo de la misma elegancia que demuestra la naturaleza en su plenitud. Al fondo destacaban a cada lado dos enormes pilares enladrillados que servían de soporte para una puerta enrejada, cerrada con una robusta cadena. Al otro lado, un acceso de grava que zigzagueaba hasta la imponente mansión que servía cobijo al Centro para enfermos de Alzheimer "Sanatorio de San Julián".

Santos llamó al timbre situado en una de las columnas. Lo intentó varias veces hasta que desde el edificio vio a una mujer que corría hacia él. Tardó en verla hasta que esta no se aproximó lo suficiente, debido a su miopía y su negativa a llevar gafas con él. Parecía extraída de alguna novela en la que el clásico misterio de lo evidente, de lo tranquilizador, hacían gala de una exquisitez desbordada y nauseabunda por tanto recato. Una enfermera de vestido gris,